

Para una reflexión teologal sobre la técnica

Doctor Eladio Chávarri, O.P.

Presentación

Casi todas las reflexiones sobre la técnica -que en este momento se multiplican sin cesar- recaen sobre los problemas concretos o haces de ellos que la técnica plantea a nuestra Forma de vida. Como indicaré en la sección primera, esas reflexiones son sin duda las más urgentes, apropiadas y fértiles.

Por eso tengo que comenzar por disculparme al dirigir mi atención hacia el trasfondo de la técnica, espetándole cuatro preguntas.

1. ¿Admite la técnica una reflexión teologal?

1.1. La razón teologal enfoca la técnica

1. En el **discurso de Pentecostés**, Pedro, el apóstol y el testigo cualificado del gran acontecimiento pascual, presenta a Jesús de Nazaret como «**varón acreditado por Dios**» (Act 2, 22). Y al defender su testificador anuncio de la resurrección ante el Sanedrín, lo declara sin temor como «**la piedra rechazada por vosotros los constructores, que ha venido a ser piedra angular**» (Act 4, 11).

¿Qué es lo que se ha edificado, con el más completo beneplácito de Dios, sobre esa piedra angular? La **nueva humanidad de Jesús**. Una humanidad desplegada sin tacha en su biografía y en su lucha por comunicarla a todos los demás hasta morir en la cruz (Heb 4, 15). La misma humanidad que arrebató a la muerte la última palabra ascendiendo al inefable estado de vida resucitada (1 Cor, 15). La humanidad que exige a su vez la exaltación o re-creación de toda creatura para que se encuentre a tono con ella (Rom 8, 18-25. Ap 21). Pero esta humanidad no sólo penetra todo el ser creado, sino que irradia sin sombra alguna la sustancia y la gloria del mismo Dios (Heb 1, 3). De este modo Jesús, el Señor, recapitula en sí y en plenitud todas las cosas del cielo y de la tierra (Ef 2, 20: 1, 10. Col 1, 13-20).

2. **Nadie sabe más de humanidad que Jesús, el Señor**, y , en cuanto a divinidad, se halla a la par con el Padre y el Espíritu. Inmerso en el flujo permanente e inestable de la contingencia histórica, Jesús puso a trabajar todas sus energías vitales para sembrar entre sus contemporáneos la semilla de la nueva humanidad que bullía en él.

Una de esas energías es la razón que, como todas las demás, llevaba el sello de la acreditación de Dios. Por eso bien le podemos llamar **razón teologal originaria**, ya que se empeña en una inédita Forma de vida. ¿Cómo contribuye al advenimiento de semejante empeño? Lo propio de la razón es arrojar luz, expandir y articular la vida que ha despertado del letargo, y tejer las relaciones que implica: no se le puede pedir otra cosa.

En los evangelios aparecen nítidos los propios rayos de luz que arroja la razón teologal originaria bajo la figura de un proceso racional sin fin. El proceso se inicia fijándose agudamente en las peculiares situaciones que presentan las personas concretas. Las culturas han creado numerosos nombres para describirlas, fichándolas en los archivos de *rico, cobre, escriba, fariseo, cobrador de impuestos, esposa, padre, hermana, tejedora, galileo, gentil, samaritana, leproso, carpintero, etc.*

A Jesús le interesan estos archivos, sin duda, pero los unifica todos en el *gran registro de la humanidad e inhumanidad* que destellan frente a la nueva humanidad. Este mirar directamente al rostro del otro y sorprender en él la humanidad o inhumanidad que expande, nos obliga a ser fieles a las personas tal como se presentan en su desnuda existencia: a no falsear la realidad que se yergue ahí, circunstanciada.

3. La razón teologal originaria no capta desde el inicio de su proceso racional toda la espesura y envergadura que porta en sus entrañas la nueva humanidad. Tiene que engendrarse al mismo tiempo que descubre en las personas humanidades e inhumanidades abiertas, menos abiertas, vidriosas, entremezcladas, oscuras u ocultas. Hay que ser conscientes de que este tipo de razones es el más complejo y endiablado de cuantos existen. Exigen dilatar más y más la sensibilidad por lo humano e inhumano, al mismo tiempo que la razón crea adecuados principios, un estilo apropiado de pensar, máximas, parábolas, alegorías, interpretaciones nuevas de lo más elemental y cotidiano, e incluso atrevidos bosquejos aproximados del nuevo estilo de ser hombre, como el famoso Pregón del Monte (Mt 5-7).

En cualquier caso, lo más interesante no es percibir humanidades e inhumanidades, sino fortalecer o desarrollar aquéllas y debilitar o desalojar éstas. En muchas ocasiones puede realizarse de tú a tú o contando a lo sumo con la ayuda de algunas personas. Pero la mayoría de las veces no es posible desarrollar humanidades y expulsar inhumanidades, sin expulsar éstas y desarrollar aquéllas en las comunidades a las que pertenecen las personas.

Para curar a los individuos circunstanciados hay que curar a la vez o previamente a la comunidad. La comunidad puede ser tal familia, un club montañero, ese taller, aquel pueblo, una ciudad, una nación o la entera especie humana. La nueva humanidad de Jesús recorre todo ese ámbito de personas y comunidades hasta cubrir la misma especie.

4. Naturalmente Jesús desarrolló la razón teologal originaria a lo largo de su biografía, y de su Forma de vida, de un modo limitado en extensión, aunque enormemente rico en intensidad. Nada dijo en concreto sobre la **técnica de su tiempo**, ni sobre otros muchos aspectos de su Forma de vida. Sin embargo, el cultivo de la **proporcionada razón teologal** prendió en sus discípulos, a pesar de ser hombres más bien rudos, y ha seguido extendiéndose por el mundo entero hasta estos inicios del siglo XXI.

Los medievales interpretaron precisamente la fe, esperanza y caridad como «virtutes theologicae», expresión que se vertió al español atinadamente por «virtudes teologales». Lo teologal no se ha de confundir con lo teológico, en cuanto emparenta con la teología, pues en nuestra cultura la teología -lo mismo que sucede con la ciencia y la filosofía- es un saber específico para el que se requiere preparación específica, y la **cultivan** determinadas comunidades de hombres y mujeres en publicaciones,

cátedras, instituciones y encuentros especializados. La razón teológica, en cambio, es cosa **de todos los que devanan su vida al modo de Jesús**. La técnica no ha sido ciertamente una de sus dimensiones preferidas. Si uno sigue las huellas de la misma desde el año 3000 a. C. hasta nuestros días, la preocupación de los hombres, a inedia escala por la humanidad o inhumanidad que destila, apenas se remonta a 35 años atrás.

5. **Según he subrayado al principio de la reflexión**, lo humano e inhumano de la técnica se conecta con miles de problemas urgentes o haces de ellos que se plantean en nuestra Forma de vida. Se sigue a la postre el estilo de razonar ascendente evangélico, con la gran diferencia de que no aparece clara la humanidad que se cultiva y la que se desea.

Los citados problemas han surgido principalmente con el deterioro del medio ambiente, el aumento de la población, la distribución de la riqueza, el agotamiento de los recursos, las fuentes alternativas de la energía, el empleo y el paro laborales, el entero ámbito de la salud, el tipo de razón pública que nos debe gobernar, la defensa y la guerra, el control policial y administrativo, la información masiva, la dirección que debe tomar la biotecnología, la globalización, etc.

Vuelvo a repetir que este es el terreno fértil y apropiado para promover la humanidad y remediar la ingente inhumanidad que, ligadas a la técnica, gravitan sobre toda la Tierra. Pero también reitero, de nuevo, que hay como *untrasfondo de oscuridad* que envuelve todas esas áreas y las penetra profundamente. La oscuridad atañe al menos -aunque se extiende mucho más- a las relaciones de la técnica con la trascendencia humana, con la humanidad e inhumanidad de las Formas de vida y con la tensión que impregna a todas ellas. La razón teológica no ha de descansar mientras existan tales oscuridades.

2. ¿Qué tiene que ver la técnica con la trascendencia humana?

2.1 La mediación técnica de la trascendencia humana

1. **¿Cómo entiendo y utilizo en este breve ensayo la expresión 'trascendencia humana'?** Entraña un lejano punto de partida y el ascenso o la conquista de un horizonte vital siempre abierto. El punto de partida tiene lugar hace unos dos y medio o tres millones de años en la sabana africana. El **Homo Habilis**, un vástago del Australopithecus, comienza a rebelarse tímidamente contra el estilo de vida vegetal y animal vigente en la tenue película terrestre de los ecosistemas. Estos someten al viviente a verter su vida por cauces definidos en el nicho y habitat correspondiente a cada comunidad específica.

Desde la perspectiva de la razón teológica, cabe decir que fue la incipiente energía vital del espíritu quien propulsó al Homo Habilis a huir de esa atosigante determinación, y a lanzarse con gran modestia y parsimonia biológicas a la conquista de un estilo de vida propiamente humana. En el lenguaje mítico peculiar de la Biblia se dice que en la creación «el espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas» (Gén 1, 2); que

el mismo Yavé Dios hizo al hombre a su «imagen y semejanza» (1, 26) ; y que al formarlo del polvo «le inspiró en el rostro aliento de vida» (2,7).

2. Pero, ¿qué se ha conquistado realmente hasta ahora con la energía de ese aliento de vida? Lo resumo en dos trazos.

Lo primero que ha de considerarse en un viviente es *suenvergadura vital*. Pues bien, desde el estrecho margen del ecosistema de la sabana el espíritu ha trascendido al complejo contexto vital que comprende cuatro dimensiones. Una se identifica con nuestro inmenso espacio interior; las otras tres, con el medio propio que habitamos, el cual abarca la región o medio histórico, el natural cósmico y el metahistórico.

Pero la envergadura vital no es todo. Tenemos que preguntarnos, en segundo lugar, por el modo de alimentarla. ¿De qué ha de vivir el hombre?; ¿con qué podemos saciar semejante anchura vital?; ¿nos basta responder con el escueto decir biológico de que el hombre es omnívoro? De ningún modo, pues aún seguiríamos pegados a la plantilla vital del ecosistema. La vida humana demanda para su completo desarrollo el *entero ámbito del ser transformado en valor*.

Hasta ahora hemos arrancado de los seres millones de valores, a los que solemos clasificar en biopsíquicos, económicos, cognoscitivos o epistémicos, estéticos, éticos, religiosos y sociopolíticos. Nosotros necesitamos para mantener nuestra vida, y trascenderla más y más, salud, verduras y carne, máquinas herramientas y mercados, el saber ordinario, las ciencias, las filosofías y teologías, cuadros, esculturas y literatura, solidaridad y justicia, proyectos históricos y Dioses eternos, diversiones, hospitalidad y leves. «Escrito está: "no solo de pan vive el hombre"» (Mt 4, 4). Es preciso subrayar, sin embargo, a este nivel, que cada valor lleva adosado al menos un contravalor; si aquél produce neta humanidad, de éste brota por desgracia la inhumanidad. Amor y odio, Dioses e ídolos alimentan nuestra vida. El espíritu del mal, que habita sin duda en nosotros, también aprovecha las técnicas para lograr sus cometidos. No se puede olvidar que en algún tiempo se clasificaron en liberales y serviles -practicadas por siervos y esclavos-.

3. Las estrechas concepciones de la técnica dominan por doquier, de modo que se pierde gran parte de su espesura entitativa. Por eso la **coloco sin** escrúpulos en el papel de *mediación imprescindible para desarrollar la ascendiente densidad entitativa que va conquistando el espíritu del hombre, tanto por lo que respecta a su envergadura vital (Omo) a los valores y contra valores arrancados al ser*.

De una manera recta o curva, quizás todos los valores ya adquiridos -que representan sencillamente la humanidad conseguida hasta un momento dado- necesitan de la técnica para plasmarse en **la existencia** humana. **Los** cientos de valores incorporados al gran valor **de** la vivienda, **desde las** condiciones térmicas adecuadas y el arte culinario, hasta la limpieza y la privacidad, no pueden cultivarse sin las apropiadas técnicas. Los mismos Dioses eternos, por influjo del cultivo de determinadas técnicas, han podido ser concebidos como poderosos demiurgos -artesanos-, e incluso relojeros.

La técnica, por desgracia, es también mediadora de la escalada de inhumanidad inherente a los contravalores que acompañan al hombre en su trascendencia. Por la extensa red de las recias calzadas que atravesaban el Imperio Romano discurrían a la vez los valores de aquella civilización y el tráfico de los millones de esclavos que servían a sus amos.

4. Contemplemos un momento la magnífica pirámide de Keops, en Gizeh, hacia el 2553 a. C. Lo mismo que el Zigurat de Ur-Nammu en Mesopotamia, el Partenón de Atenas, el Coliseo de Roma, las catedrales y mezquitas del medioevo o el Gran Teocali de México, pertenece a un punto álgido de la trascendencia que ha conquistado el espacio vital de la ciudad-estado.

Nuestra mirada sería sumamente superficial, si nos fijáramos simplemente en los materiales e instrumentos de construcción, los medios de extracción y transporte, su forma, dimensiones y cámaras que contiene, el número de años y trabajadores que se emplearon. La pirámide es en realidad un *compendio de la humanidad, y de gran parte de la inhumanidad, que se habían forjado hasta aquel momento en un punto geográfico y de trascendencia*. En ella se han condensado espesos contenidos sociopolíticos y laborales, arquitectónicos y artesanales, religiosos, éticos y estéticos, matemáticos, geográficos, físicos, astronómicos, médicos, económicos, etc.

5. Lo profundo de la técnica es que sea capaz de concentrar humanidad e inhumanidad en instrumentos sencillos o complejos, en ingenios débiles o poderosos, en transformaciones del medio ambiente, en creaciones ordinarias o colosales. El autor sagrado, ponderando las obras que han de ejecutar los artífices para el culto, pletóricas de humanidad, pone en boca del mismo Yavé un encendido *elogio de su técnica*. Dice expresamente del maestro artesano Besalel: «Le he llenado del espíritu de Dios, de sabiduría, de entendimiento y de saber para toda clase de obras, para toda suerte de manufacturas, para proyectar, para labrar el oro, la plata y el bronce; para tallar piedras y engastarlas, para tallar la madera y ejecutar trabajos de toda suerte» (Ex 31, 2 ss.). Otro tanto se repite del maestro tiro-hebreo Hiram a la hora de ser contratado por Salomón para ejecutar los planes de ornamentación y de confección de utensilios para el templo recién construido (1 Re 7, 14).

El ser más profundo del hombre no puede entenderse con un pensar estático, pues se halla indisolublemente plegado a la constante trascendencia que engendra todas las condiciones humanas. En ellas brilla la humanidad conquistada paso a paso, si bien siempre empañada por su **inseparable compañera la inhumanidad. El proceso de trascendencia está sometido** a vaivenes de la contingencia natural e histórica.

La dignidad de la técnica, como hemos insistido, consiste en ser mediación imprescindible de esa fértil ascendencia. También subrayé, al principio de la sección anterior, con la acreditación de Dios, que nadie sabe más de humanidad que Jesús, el Señor. Por eso en él se han concentrado cuatro formidables trascendencias, que aparecen expresamente en los textos allí citados:

- 1) Su propia trascendencia biográfica en la Forma de vida que le tocó vivir;
- 2) El esfuerzo ímprobo por trascender con trascendencia histórica esa misma Forma de vida hacia otra mucho más interesante;
- 3) La negación de la suprema negación -la de la muerte en cruz de un inocente- por la trascendencia resucitada y resucitadora;
- 4) Por último, la trascendencia de la exaltación a nivel de la entera re-creación de cada creatura.

La técnica es magnífica mediación necesaria de las trascendencias biográficas e históricas. No parece que pueda hacerse directa compañera de las trascendencias resucitadora y exaltadora, sino en la medida en que el mismo Señor Jesús ha prometido la posesión de éstas a quienes luchen por conseguir aquéllas (Mt 25, 31 ss.).

3. Relación de nuestra técnica con nuestra vida

1. La trascendencia humana, según lo que se dijo en la reflexión precedente, no puede entenderse al modo de un vehículo volador que asciende conquistando nuevos espacios permaneciendo él mismo inmutado. Se identifica sencillamente con el *indisoluble continuo de Formas de vidas que se van creando a lo largo de la existencia histórica humana*.

Cada forma de vida constituye un estilo de ser hombre, una especie de medio humano en el que las personas que lo habitan adquieren sus identidades y fraguan sus propios proyectos de vida más o menos libres. La mediación técnica de la trascendencia humana, en consecuencia, se articula en un *continuo de mediaciones técnicas inmersas en sus respectivas Formas de vida*. Técnicas sin Formas de vida son un solemne cuadrado redondo. Así pues, *la relación de la técnica a una Forma de vida es tal que aquélla recibe de ésta el cariz de su propia humanidad e inhumanidad*. De donde se desprende esta decisiva secuela: las valoraciones de las técnicas sin valorar sus correspondientes Formas de vida arrastrarán siempre la gran oscuridad sobre el tipo de humanidad e inhumanidad que desarrollan.

2. La razón teologal ha de interrogar, ante todo, a la sustancia humana que entraña nuestra Forma de vida. Algo de esa sustancia insinúan los calificativos que ha recibido. Según J. Habermas, en la *Reconstrucción del materialismo histórico*, se le ha concebido como «sociedad industrial, postindustrial, tecnológica, científica, capitalista de capitalismo tardío, monopolista de Estado, capitalista de Estado, totalmente administrada, terciaria, moderna, posmoderna, etc.» (Taurus, Madrid 1981, p. 41). Casi todos esos títulos son fruto de análisis sociales de la ciencia social, más que resultados de una razón que se plantea expresamente sacar a flote la humanidad e inhumanidad que destila, como es el caso de la razón teologal.

En *Perfiles de nueva humanidad* y en *Nuestro arquetipo humano* (Ed. San Esteban, Salamanca 1993 y 1997) he dedicado más de 700 páginas a dilucidar esta cuestión. La entraña misma de la humanidad que encarna nuestra Forma de vida hay que centrarla en los dos trazos de la trascendencia humana que reseñaba en la sección anterior, es decir, en su envergadura vital y en los valores que la nutren.

3. Nuestra Forma de vida conserva celosamente la formidable envergadura vital conquistada tiempo ha, la cual se constituye por las dimensiones del espacio interior y los medios histórico, natural cósmico y metahistórico. Guarda, asimismo, la herencia valorativa acumulada desde edades inmemoriales tocante a valores biopsíquicos, económicos, cognoscitivos, estéticos, éticos, religiosos y sociopolíticos.

Pero, ¿en que se diferencia de otras Formas de vida aparecidas en la Historia? En el modo de acceder a esa rica alimentación elaborada por la misma trascendencia humana, pues ha seccionado como *núcleo duro de su nutrición los valores biopsíquicos y económicos*, de manera que las demás categorías giran en torno a ellos, quedan contraídas por ellos y se cultivan en la medida y la intensidad permitidas por ellos.

La tradición europea, promovida por éticos, filósofos, teólogos y místicos, despreciaron estos valores por incapaces de engendrar y vertebrar algún efectivo tipo de Forma de vida, y así la trascendencia humana se articuló principalmente en torno a la humanidad que destilaban los valores religiosos, los cuales se quisieron sustituir en la Ilustración por el núcleo duro de los sociopolíticos. A juzgar por la urgencia que sienten los pueblos por acceder a este tipo de humanidad, ninguna Forma de vida anterior ha sido más atrayente para las masas que la fraguada en torno a los valores biopsíquicos y económicos.

Este tipo de hombre requiere que la entera esfera del ser se convierta en valor biopsíquico y económico. Pero sólo puede lograrse tan restringida humanidad, si los hombres optan por transformarse en decididos consumidores consumistas, lo cual exige a su vez que gasten fundamentalmente las energías todas que poseen, desde las musculares hasta las cognitivas y afectivas, en la producción masiva de bienes ad hoc. Por eso nada califica mejor a esta voraz Forma de vida, a este industrial tipo humano, que la de *hombre Productor Consumidor* (HPC). Me gusta calificar de *razones desarrollistas* al cúmulo de energías cognitivas que contribuyen a concebirlo y explayarlo, en memoria del esfuerzo de la Ilustración europea por construir el integral progreso humano, que a la postre se restringió a puros planes de desarrollo económico.

4. La técnica es la energía cognitiva por excelencia del saber cómo hacer. Con este cariz despertó la técnica primigenia, la que acompañó al hombre cazador, nómada y recolector desde el Homo Habilis a la revolución neolítica, cuando el mismo hombre se estabiliza e inventa la ganadería y la agricultura. Así se presenta también la técnica cívica, la que conforma las ciudades-estados y los estados nacionales desde el cuarto milenio a.C. hasta finales del siglo diecinueve. Y sigue así nuestra técnica, la que se ha tendido a cultivar a lo largo del siglo pasado, llamada tecnología y tecnociencia, porque se fragua a base de ciencia y habilidad técnica. Sin química macromolecular y técnicas

específicas, por ejemplo, no se pueden crear las sustancias plásticas denominadas polímeros.

Ahora bien, este modo de clasificar la técnica en primigenia, cívica y tecnociencia, no responde con claridad a una visión de su historia conexas a la humanidad que engendra, sobre todo en su último siglo. Nuestra tecnología, desde el punto de vista de la razón teológica, es simplemente *tecnología desarrollista, la mediación técnica del HPC, de nuestra Forma de vida*. De este modo, no dejamos en la oscuridad la sustancia humana que produce. Así como en la pirámide de Keops palpita un tipo de humanidad, otro tanto ocurre con los bioordenadores, las armas 'inteligentes' o las naves espaciales.

5. Aunque los cálculos no son de fiar en bastantes aspectos, se supone que la mitad de la riqueza del HPC, su alimentación preferida, proviene de la tecnociencia. Jamás la mediación de la técnica para extender e intensificar una humanidad deseada ha sido más densa y eficaz que en nuestra Forma de vida. Esto es sumamente halagador para la tecnociencia, pero se ve envuelta a la vez en un *cúmulo de contradicciones que es preciso resaltar*. Pues el HPC le pide que sea al mismo tiempo desarrollista y no desarrollista, lo cual se manifiesta de muchas maneras. No son compatibles, por ejemplo, una tecnología que no trate a la naturaleza brutalmente y nuestro empeño por consumir a tope recursos naturales. Tampoco podemos evitar una tecnociencia de control policial y de existencia administrada, cuando la gestión de los negocios exige una previsión y vigilancia que atañe a todas las variables vitales; un gigantesco cálculo tecnocientífico que, en consecuencia, sólo ha de lograrse por medios tecnológicos. Pedimos que la tecnociencia no acapare en nuestros centros docentes toda la inteligencia, exigimos también amplio espacio para las «artes» y «humanidades», cuando sabemos que sólo aquella es capaz de expandir la humanidad que demandamos.

Subrayemos los contrastes:

- ¿Cómo compaginar tecnologías productoras de industrias y aparatos contaminantes por doquier, de plaguicidas, insecticidas y herbicidas, de explotaciones agotadoras, de peligrosas manipulaciones genéticas y fármacos, de armas y drogas (todo ello con afán de aumentar el Producto Interior Bruto), con el florecimiento a la vez de la vida sobre el Planeta?
- ¿Cómo se casan la Paz y el 33% de la tecnociencia dedicada a la conquista de ingenios bélicos cada vez más devastadores?
- ¿Se quieren altas tecnologías de reducción de costes, junto a trabajo para todos con buenos salarios?
- ¿Estamos decididos por una humanidad que sólo **la pueden gestionar los tecnólogos**, y requerimos razón ética como razón social **pública**?

No nos engañemos. Si todos ansiamos un intenso y siempre creciente cultivo de valores biopsíquicos y económicos -fuera de algún sueño y deseo pasajeros de otras humanidades-, estamos obligados a un aumento proporcionado de tecnologías desarrollistas.

Nuestro requerimiento de una técnica «más humana» no puede realizarse mientras no salgamos de la humanidad que tan intensamente amamos hoy. Continuaremos teniendo, de este modo, la mediación técnica más poderosa y agresiva de todos los tiempos y la presión más desestabilizadora sobre todas las variables de nuestra Forma de vida.

La inmensa mayoría de las evaluaciones sobre los desmanes sectoriales de nuestra tecnología ignora, o pasa de largo, la fuente de todo el anterior arsenal de contradicciones elementales. Y fuera de los Centros del sistema, aún mayores desmadres: millones de muertos, de hambrientos, de pobres, y el ansia jamás conocida de todos los vivos por entrar en la humanidad del HPC para apurar cuanto antes sus generosas ubres.

Pero, ¿acaso no es ella el trasfondo radical y último de cuanto sucede en toda nuestra envergadura vital?

4. La constante tensión técnica sobre la vida

1. La calidad humana o inhumana de la técnica fermenta en las mismas entrañas de la trascendencia humana. Pues la trascendencia es la manifestación más genuina del espíritu, que nunca se siente aquietado en unas condiciones de vida ya conquistadas. Es una energía que no se traduce a magnitud alguna, recalcitrante a toda unidad e instrumento de medir. Por eso presiona constantemente a recorrer nuevos horizontes vitales, lo cual gravita por fuerza sobre la misma técnica, mediación imprescindible de la trascendencia biográfica e histórica. Esta presión genera, en consecuencia, una *constante tensión técnica sobre la vida en cualquiera de sus Formas, que se revela al menos de das maneras distintas.*

1.1. Identifico la primera como la *tensión técnica determinada por la experiencia originaria de los valores.*

Ya sea el valor del vino o de la limpieza, del bienestar económico o del conocimiento, la verdad o la belleza, la solidaridad o la experiencia mística, la diversión o la libertad, en general todos los valores, se presentan bajo la figura de horizontes puros, ilimitados, no sometidos a determinaciones concretas. Aparecen, en suma, como experiencias originarias, primigenias, fontales, no reducibles a otras.

Por eso han recibido muchas veces concreciones culturales deiformes: son el alimento preferido del espíritu del hombre. Las técnicas que sirven a dar características concretas a los valores en una Forma de vida se han de mostrar por fuerza inquietas, en tensión constante, abiertas a nuevas articulaciones, sin sospechar siquiera las figuras que han de adquirir en las sucesivas Formas de vida. No hay menos dioses abandonados que técnicas.

Hace falta situarse en una amplia perspectiva para captar este trazo evolutivo de la técnica. Es idílico, por demás, el paisaje técnico medieval que contempla y describe un monje de la época perteneciente a la gran Abadía de Claraval. La energía hidráulica que

discurre por el brazo de río que penetra en el monasterio mueve la muela del grano y el tamiz de la harina, ayuda a elaborar la cerveza, se apresura por multitud de canales y riega los vegetales, agita los batanes para preparar el tejido de los hábitos y el curtido de pieles, lava la ropa, enjuga con delicadeza el sudor de los monjes, y «por último, para ganarse el total agradecimiento y no dejar nada sin hacer, se lleva la basura y lo deja todo limpio a su paso» (cf. AA. VV., *Crónica de la técnica*, Plaza & Janés, 1989, pp. 104-105).

El monje había ascendido a un simple otero de la Historia. Pues desde el cuarto milenio a. de C. hasta aquel momento, para dar forma concreta a los mismos valores, se habían sucedido muchas y muy diversas energías y técnicas: y el mismo espíritu había obligado al hombre a conquistar después muchas más hasta nuestros días. El pobre río tal vez haya acabado contaminado hasta los bordes: quizás retenido en una extensa presa por algún gigantesco dique, que alimenta de energía a una potente central hidroeléctrica, a la vez que va mudando las condiciones ecológicas de su entorno. Pero también esta perspectiva se divisa desde otro otero de la trascendencia.

Ahora bien, el tejido valorativo es sumamente fino, complicado, delicado y sutil. A cada valor acompaña siempre un contravalor. A veces lo que en una Forma de vida se computa como contravalor, es en otra un valor relevante. El cultivo intenso de un valor provoca a su vez valores y contravalores. Los propósitos no confesados, las pasiones, el simple poder, el lucro calculado, trastocan el orden valorativo establecido o deseado. Humanidades e inhumanidades se mezclan y se agitan al unísono. Y todas echan mano de la mediación técnica, que, cuanto más poderosa es, más la hacen danzar en torno a sus intereses, sometiendo así la vida a tremendas tensiones. Las ligeras ruedas de radios no se inventaron para llevar más carga sobre los carros con menos gasto de energía: aparecieron por primera vez en los campos de batalla para favorecer la movilidad y la eficacia de los guerreros acadios, erguidos con sus armas en carros de un eje tirados por veloces caballos.

Para el profeta Isaías, cuando la luz de la humanidad reduce las tinieblas de la inhumanidad en una Forma de vida, la técnica adquiere mediaciones más pacíficas. Se rompen los yugos de los prisioneros y el dogal que oprime sus cuellos: «los zapatos jactanciosos del guerrero» y «el manto manchado de sangre» son devorados por las llamas. Hasta se increpa a la sencilla vara del cobrador de impuestos, generalmente al servicio de la injusticia (9, 4-5). Pero las paradójicas inversiones técnicas se alternan a veces con rapidez, al mismo ritmo que se suceden las humanidades e inhumanidades en las Formas de vida. A los cristianos les gusta citar con frecuencia aquella de las espadas convertidas en arados y la de las lanzas en podaderas (Is 2, 4-5): pero pasa inadvertida la convocatoria del profeta Joel a los guerreros, que les incita sin escrúpulos a la inversión opuesta: «forjad espadas de vuestros azadones y lanzas de vuestras hoces» (3 9-11)

1.2. Detengámonos un momento en el segundo tipo de tensión técnica, la que proviene del modo específico de manifestarse nuestro propio ser humano.

He observado en la sección segunda que, desde el punto de vista de la razón teológica, se necesita el denso continuo de trascendencias biográfica, histórica, resucitada y

exaltada. Las dos primeras expanden la humanidad temporal: las otras dos, la traspasada.

Como es obvio aquí me refiero a aquéllas. Nosotros no tenemos experiencia de nuestro propio ser como acabado, sin ulterior capacidad de desarrollo, cosa extraña en todo el orden natural cósmico y creado. Cualquier momento vital es como una encrucijada entre el ser que ha aparecido hasta ahora y el que ha de manifestarse en el futuro. Por eso hay una perenne tensión entre quedarse en la humanidad ya conseguida, bien sea a nivel de yo, tú, grupo, país, Forma de vida o especie, y partir hacia la desconocida. Como hemos necesitado un tipo de técnica para llegar hasta donde nos encontramos, y precisamos de otro nuevo para partir hacia horizontes no conquistados, la temporalidad de la técnica tensiona nuestras vidas a los niveles citados.

2. Nunca podemos estar satisfechos con el ser que hemos arrancado a los entes naturales, porque nunca estamos satisfechos con la actualización de nuestras propias capacidades. Ambas insatisfacciones son correlativas. Por otra parte, los seres naturales parecen poseer una casi infinita potencialidad de ser, oculta aún a nosotros, a juzgar por la ecuación de la energía de Einstein -Energía = Masa por el cuadrado de la velocidad de la luz-.

A medida que pasa el tiempo, los conocemos más, vemos más posibilidades de incorporar su ser a nuestra vida, y ampliamos sin cesar las capacidades técnicas correspondientes para transformarlos. En este sentido, la tecnociencia supera en mucho a las técnicas primigenias y a las cívicas.

Pues bien, se presenta connatural la siguiente alternativa: o dejamos de ser hombres, o la técnica ha de estar en constante tensión con los entes naturales y con nuestra propia vida. No se identifique tensión con violencia. Creo que la técnica del siglo XXI va a presionar fuerte en el terreno de las nuevas energías, de los nuevos estados sólidos, los nuevos estados cuánticos, las nuevas sustancias químicas, las nuevas transformaciones génicas, la nueva microelectrónica, etc.

No hay que olvidar, por otro lado, que los tecnofactos una vez que aparecen en la existencia cobran una cierta autonomía. Tienden de hecho a desarrollar una trascendencia montada sobre sus propias potencialidades. Piénsese en la evolución de la bicicleta desde aquella inefable draisina de 1813 -de madera, sin frenos ni pedales ni cadena- hasta nuestros ejemplares actuales: o desde los ordenadores de válvulas a la perspectiva de bioordenadores y ordenadores cuánticos. En tales formidables ascensiones, surgen fuertes tensiones entre las técnicas y la vida, pues aquéllas tienden a olvidar su estado propio de ser simples mediaciones de ésta. En Eclo 38, 25 ss., se elude a este respecto el elogio absoluto de la técnica, al comparar la sabiduría del escriba con las del labrador, carpintero, albañil, grabador, herrero, alfarero, etc. Aquélla escudriña todo «para conocer lo bueno y lo malo de los hombres»: éstas, en cambio, «concentran su pensamiento en las obras de su arte.», sus hijas inmediatas y predilectas.

¿A qué dimensiones precisas de la vida sirven infinidad de tecnofactos, especialmente los ingenios de guerra?

TRES REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

AA. VV., '**Prioridad de valores en el mundo técnico y social**', en ***Concilium***,

1975 (110) 447-572. Id., '**Pica de la ingeniería genética**', en Ibid., 1998

(275) 167-335. Id., '**¿El retorno de la guerra justa?**', en Ibid., 2001 (290) **83-311**.

ORTEGA Y GASSET, J., ***Meditaciones de la técnica***, Obras Completas V, Madrid, Revista de Occidente, 1947, pp. 313-371.

WINNER, L., ***La ballena y el reactor***, Gedisa, Barcelona, 1987.